

XXIX. Como era muy devota de la inmaculada concepcion de la virgen María, alimentaba en su espíritu ciertos elevados pensamientos y aspiraba nada menos que á erigir algun dia una órden que hiciese profesion particular de venerar tan excelente misterio. Comunicó este designio á la reina Isabel, á quien agradó tanto, que prometió dar todos los pasos necesarios, encargándole solamente que lo encomendara con eficacia á Dios y á su santísima madre. Ambas cumplieron tan dignamente su encargo, que Beatriz puso de su parte al cielo, y la reina obtuvo cuanto quiso del romano pontifice. Era este Inocencio VIII, quien prescribió una forma de vida segun las constituciones de la órden del Cister, pero bajo la obediencia del obispo, y aprobó como religion el nuevo instituto con el título de la concepcion inmaculada.

No tendria yo disculpa si pasara en silencio una cosa digna de eterna memoria, que ocurrió casi al mismo tiempo. Habiéndose encargado la reina de mandar traer las bulas de ereccion de la nueva órden y en particular del primer convento, hizo la desgracia que el que las traia las dejara caer en el mar; pero el cielo habia dispuesto esta desgracia para hacer ostencion de una maravilla. Con efecto aconteció que hojeando Beatriz ciertos escritos en su celda, encontró entre otros papeles la bula pontificia que habia caído al agua; lo cual dejó pasmado no solo al convento, sino á la corte y á toda la ciudad, de suerte que el obispo de Guadix, por órden del arzobispo de Toledo llevó solemnemente la bula á la nueva casa ó palacio que la reina Isabel habia preparado al efecto. Así Beatriz entró en él con doce monjas el año 1484 para dar principio á la órden de la Concepcion. La Virgen santísima le habia mostrado el hábito que debian usar, y era el mismo que ella llevaba cuando se le apareció; á saber, túnica y escapulario blanco y manto azul, sobre el cual habia una imágen de nuestra señora

con su hijo en los brazos, que estaba coronada de estrellas y rodeada del sol. Tambien se les dió un breviario particular, que no contenia mas que el oficio de la inmaculada concepcion, excepto los domingos y fiestas solemnes. A los diez dias de tomar el hábito pasó Beatriz á mejor vida, habiéndole sido revelado que solo habia vivido para dar principio á tan loable proyecto. En cuanto murió se quedó mas hermosa que cuando era viva, aumentando admirablemente la belleza de su rostro angelical una estrella de oro que apareció encima y despedia por todas partes rayos de luz: por aquí se podia juzgar del esplendor del alma que habia animado á un cuerpo tan hermoso. Los religiosos de santo Domingo hicieron muchas instancias para tenerle; pero el arzobispo de Toledo no quiso permitir que Beatriz despues de su muerte saliese del lugar á donde habia sido conducida en vida por una providencia extraordinaria de Dios. Al poco tiempo las doce monjas abrazaron la regla de santa Clara por la direccion del cardenal D. Francisco Jimenez de Cisneros, y desde entonces la han observado siempre.

*Orden de la Anunciada de Bourges, llamada de las diez virtudes ó gustos de la virgen Maria.*

XXX. La institucion de la órden de la Anunciada de Bourges, llamada por otro nombre de las diez virtudes ó gustos de la virgen Maria, no es menos maravillosa que la de la Concepcion. La bienaventurada Juana de Francia, hija de Luis XI, hermana de Carlos VIII y esposa de Luis XII, echó los cimientos de esta órden á mitad del siglo XVI. La gravedad, el recato, la devocion, el desprecio de las cosas percederas, la grandeza de ánimo, en una palabra todas las buenas inclinaciones habian nacido al parecer con aquella princesa; pero sobre todo la humildad y la paciencia, de que

fué menester que estuviese bien provista. Con efecto como era mas aventajada en las perfecciones interiores que hacen el alma agradable á Dios, que en las calidades exteriores ardientemente deseadas de las doncellas de distincion, el rey su padre la veia con disgusto y le causaba pena fijar los ojos en aquel rostro poco agraciado y en aquel cuerpo notablemente contrahecho. Pero á proporcion que el mundo la desechaba, era obsequiada por su esposo celestial, á quien únicamente deseaba agradar. Así es que no tenia contento mas que en la oracion y en la comunicacion con Dios, suplicándole sin cesar que se sirviese dirigirla por algun rayo de su divina luz al camino de su voluntad y de su mayor gloria. La misma súplica hacia á la reina de los ángeles, á quien habia elegido por madre y protectora, pidiéndole todos los dias que intercediera por ella con su amado hijo, á fin de que le manifestase en qué podria servirle mejor é imitarle mas perfectamente. La madre de Dios infinitamente amorosa y siempre caritativa con los que recurren á ella y en especial para tales asuntos, se le apareció sin tardanza, la llamó inteligiblemente por su nombre y le aseguró que antes de morir fundaria ella una religion en honor suyo, que era el mas señalado servicio que podia hacerse á Jesucristo y á su santísima madre. Juana no tenia mas que seis años cuando recibió este aviso del cielo; no obstante las palabras que oyó quedaron tan profundamente grabadas en su alma, que desde aquel dia no cesó de formar el plan del edificio espiritual cuyos cimientos habia de echar, y de trazar el proyecto de la religion, que no se alteró nunca por todas sus desgracias y contratiempos.

XXXI. Pero como Dios habia elegido á esta princesa para levantarla á una virtud muy excelente, hubo de ser acendrada en el crisol para purificarse de todas maneras. En esto trabajó la divina bondad hasta la muerte

de la bienaventurada sierva del Señor, y especialmente en los veinte y un años que estuvo casada. No bien habia cumplido la edad de diez y seis, cuando el rey su padre para divertirla del proyecto de fundar una religion y unirla mas estrechamente al mundo la casó con el duque de Orleans Luis de Valois, que luego ocupó el trono con el nombre de Luis XII. Si ha habido jamás una princesa que mas haya padecido y haya hecho buena cara en medio de sus desgracias; es esta, porque habiéndose casado con ella el duque de Orleans contra su voluntad y solo por temor al enojo de Luis XI, y habiendo protestado secretamente la coaccion y violencia ante un notario y testigos no la tuvo nunca por su mujer sino en la apariencia. Siempre abrigó en su ánimo el proyecto de separarse de ella cuanto antes pudiese, y la trató como es de presumir de un príncipe que se veia forzado á vivir con una mujer á quien no podia amar. No obstante por temor á Luis XI y á Carlos VIII su sucesor no se atrevió á repudiarla en vida del uno y del otro; pero así que se sentó en el trono por la muerte de ambos, creyó que ya no habia ningun obstáculo para sus designios. Recurrió pues á su santidad rogándole que tomase conocimiento de un negocio, que á su juicio importaba tanto á la felicidad del estado como á la tranquilidad de su espíritu. El sumo pontífice dió comision á tres prelados de los mas calificados de Francia, los cuales despues de oidas las partes y considerando especialmente que el rey no se habia llegado jamás á la princesa su presunta esposa, declararon nulo el matrimonio y por autoridad apostólica dieron al monarca licencia para casarse con la mujer que mejor le pareciese. Imagínese quien pueda cuál sería el sentimiento de una princesa magnánima y muy discreta, hija y hermana de reyes y emparentada con los primeros monarcas del mundo, al verse tratada tan duramente y despreciada tan á las claras y tanto

tiempo por el duque de Orleans. ¡Qué angustia al ver que la traian al retortero los abogados en sus discursos; que servia de pábulo á las conversaciones de sus súbditos; y que era abandonada de casi toda la Francia, habiendo recibido antes los honores correspondientes á una princesa de su prosapia! ¡Qué agitacion para la que de buena fé se habia casado con un principe real y habia vivido veinte y un años con él en la creencia de ser su verdadera y legítima esposa, saber que tenia que ceder este título á otra, cuando habia llegado á la cumbre de la grandeza y justamente podia esperar coger el fruto de las penas y aflicciones pasadas (1)!

XXXII. A pesar de todas estas consideraciones no tardó mucho tiempo en conocer que Dios, que sabe sacar la miel de la piedra y el aceite de la peña, lo disponia todo para su mayor bien y que aquella marejada habia de echarla al puerto tanto tiempo deseado. Con efecto cuando le llevaron la noticia de la sentencia pronunciada en favor del rey, dijo: Dios ¡sea loado; bien sé que permite esto para que yo tenga modo de servirle con mas fidelidad que hasta aquí y cumplir mi primer deseo, que fué fundar una orden en honor de la virgen María. A decir verdad mostró bien que las palabras salidas entonces de su boca eran un oráculo del cielo, porque en cuanto al primer capítulo, así que llegó á Bourges, lugar de su retiro, se persuadió á que debia mudar de

(1) *Adicion de la madre María Jacoba de Blemur.*—No sé si ha habido jamás en el mundo una princesa mas virtuosa que esta; pero probablemente no ha habido otra menos feliz: se casó de luto y fué viuda durante su matrimonio: el dia de su boda oscureció su púrpura y no le causó mas que humo y es-

pinas. Pero Dios la queria perfecta y pura: queria que la adversidad y la constancia le diesen la última mano y que las señoras ilustres aprendieran en su ejemplo que puede haber mártires en los estrados y bajo los doseles lo mismo que en los calsos y los anfiteatros.

método de vida al mismo tiempo que de condicion. Al punto tomó un traje conveniente á su estado, se puso un áspero cilicio que no se quitó nunca jamás, colocó sobre su estómago una cruz de madera con cinco clavillos de plata que la picaban continuamente, se ciñó una cadena de hierro, y todas las noches se disciplinaba hasta saltarle la sangre. Su vida ordinaria convenia con lo demás de sus austeridades. En cuanto al segundo capítulo no perdió nunca un instante que pudiera emplear en promover los negocios de su nueva religion. Respecto de lo cual me acuerdo de haber leído que implorando una vez fervorosamente la proteccion de la santísima Virgen, y requiriéndola para que le manifestase cuál era la nueva orden que habia de fundar y cómo habia de conducirse, oyó una voz que le dijo: Hija mia, manda reunir en una regla todo lo que halles de mí en el Evangelio, y haz que sea aprobada por la santa sede, y sabe que este es el verdadero medio por el cual tú y las que abracen esta regla, agradareis á mi hijo y á mí y sereis queridas de los dos. Habiéndolo declarado Juana á su confesor Fr. Gabriel María, franciscano observante, y habiéndole pedido con instancia que trabajase en este proyecto, el religioso resolvió primeramente que la nueva religion llevase el nombre de la Anunciada; á lo que se movió por la singular devocion que aquella sierva de Dios y él profesaban á tan adorable misterio. Además juzgó que las que entrasen, debian proponerse á la virgen María por modelo muy acabado de todo género de virtudes. Por la misma razon dió á esta orden el título de las diez virtudes de la virgen María, escogiendo en todo el discurso evangélico diez virtudes ó excelencias principales de la reina de los ángeles, que ofreció á la imitacion de aquellas que Dios se sirviese llamar á este instituto. Tambien le llamó de los diez gustos de la Virgen, porque esta misma señora habia dado á en-

tender á Juana que no podian darle mayor gusto ella y sus hijas, que ejercitándose en tales virtudes á ejemplo suyo.

XXXIII. Y porque me creo obligado á hacer una declaracion mas ámplia de este punto fundamental de la orden de la Anunciada, el devoto lector advertirá, si gusta, que la primera de estas diez virtudes es la castidad, en razon de la cual es llamada con justicia María santísima la reina de las virgenes y el alférez de la virginidad, como que fué la primera que abrazó esta virtud por estado y voto, segun lo coligen del Evangelio los santos padres. La segunda es la prudencia, que apareció en todas las obras de la madre de Dios y señaladamente en las respuestas que dió al ángel Gabriel, y en toda su conducta cuando aquella celestial embajada. La tercera es la humildad, de la que dió sufficientísimas pruebas así en la turbacion que sintió con las alabanzas del nuncio celestial y la nueva que le trajo, como en escoger la condicion de esclava en lugar de los títulos honrosos que aquel le aplicó desde luego. La cuarta es la fé, por la cual segun el testimonio profético de santa Isabel creyó firmemente y sin titubear que lo que habia oido al ángel y en que habia consentido, se cumpliría en ella no obstante todas las dificultades que se le ocurrian. La quinta es la devocion, que manifestó en todo el discurso de su vida, especialmente en su oracion asidua, en su misterioso cántico y en la singular diligencia con que guardó en su corazon todo cuanto veía ú oía de maravilloso en el nacimiento y en la vida de su amado hijo. La sexta es la obediencia que tuvo constantemente y de buena voluntad á la ley de Dios, á su esposo S. José y á los decretos del cielo que no comprendia. La séptima es la pobreza, que practicó de continuo en el desprecio de las cosas superfluas y en la falta de las necesarias, en su comida, en su vestido, en su parto, en su habita-

cion, en su ajuar, en su propia persona y en la de su hijo, que era el monarca del cielo. La octava es la paciencia que hizo resplandecer en medio de las persecuciones suscitadas por Herodes y los judíos, en los viajes que emprendió, en la pérdida de su amado hijo, en la muerte cruel que padeció el mismo, en el desamparo interior en que se vió muchas veces, y en otros mil sucesos semejantes. La novena es la caridad, que tuvo por primer y principal objeto á Dios mismo y al Verbo encarnado, y por segundo al prójimo, á quien sirvió y ayudó con sus facultades, sus consejos, sus amorosas palabras, su nacimiento, en fin de todos los modos posibles. La décima es la compasion y ternura que sintió en los trabajos, insultos y dolores que su dulcísimo hijo sufrió, y que traspasaron el corazon de la madre á medida que caian sobre el cuerpo de aquel. El que desee saber de qué manera deben de ser practicadas é imitadas estas diez virtudes por las religiosas de la Anunciada, vea su regla aprobada primeramente por Alejandro VI á 4 de febrero del año 1501 y despues por Leon X en 25 de julio de 1517. Esta regla se halla al fin de la vida de la bienaventurada Juana, compuesta por Fr. Luis Dony Dattichy, religioso mínimo.

XXXIV. Yo tengo que decir dos palabras acerca de esta aprobacion por la maravillosa mudanza de voluntades que obró Dios para llevar al cabo sus designios. Habiendo sido enviado á Roma por Juana Fr. Guillermo Morin, franciscano observante, para que presentase su regla á Alejandro VI, vicario entonces de Jesucristo, volvió sin hacer nada no obstante los testimonios de buena voluntad que le habia dado el padre santo á su llegada, porque el consistorio de los cardenales se opuso de comun acuerdo á esta novedad; pero la animosa sierva de Dios que confiaba en las promesas divinas, no se dejó vencer de esta repulsa; al contrario de

allí á muy poco tiempo rogó á su confesor Fr. Gabriel María que emprendiese el viaje de Roma y tratase de nuevo con su santidad acerca de la confirmacion de la orden. El religioso lo hizo con todo empeño; pero hubiera sido sin resultádo, si la madre de misericordia no hubiese tomado la mano en el asunto de todas veras. Con efecto estando á punto de volverse á Francia porque los cardenales persistian en desaprobacion la institucion de una nueva orden y el papa no podia resolverse á obrar contra el dictámen del sacro colegio, Fr. Gabriel dispuso pasar una noche en oracion ante la imágen de la Virgen é importunarla hasta que llevase al cabo su obra. Este pensamiento le salió tan bien, que al otro dia fué llamado por el cardenal Juan Bautista Ferrier, obispo de Módena, personaje muy estimado del papa y empleado en los negocios mas importantes de la iglesia. El purpurado le manifestó que toda la noche anterior habia estado con él, con S. Lorenzo y con S. Francisco, quienes se le habian aparecido y le habian recomendado el proyecto de la princesa Juana. Añadió que su ánimo era tomar de su cuenta aquella causa; lo cual hizo con tanta habilidad y eficacia, que el papa y los cardenales hubieron al cabo de rendirse á sus poderosas razones y á sus sábios consejos. De esta manera la devota princesa viendo colmados sus deseos dió infinitas gracias á Dios y á la reina del cielo que gobierna como mejor le parece los corazones, y comenzó á trabajar de todas veras en la construccion del real monasterio de Bourges. El mismo dia de la Presentacion de nuestra señora del año 1505 trasladó á él sus monjas, á quienes habia ya dado el hábito de religion y que de antemano estaban resueltas á consagrarse á Dios y á su inmaculada madre. Ella misma se habia consagrado antes solemnemente al servicio del uno y de la otra el dia de Pentecostés de aquel año, y por consiguiente fué la

primera profesa de la orden de la Anunciada. En fin habiendo dejado singulares ejemplos de toda suerte de virtudes y derramado un olor suavísimo de santidad, llena de méritos y probada con enfermedades y trabajos corporales pasó á mejor vida el dia 4 de febrero del año 1504 como á los cuarenta de su edad, que habia pasado en continuos ejercicios de paciencia y devocion.

*Orden de las Anunciadas de Génova.*

XXXV. Esta orden se llama así porque tuvo origen en la ciudad de Génova: en Francia se llaman celestes por el hábito que visten. Fué su fundadora la bienaventurada María Victoria, natural de Génova, y el padre Bernardino Zanon, de la compañía de Jesus, contribuyó á la institucion de la nueva orden cuanto cabe en lo humano. Habiéndose casado aquella santa mujer contra su voluntad y contra el proyecto que habia tenido siempre de ser religiosa, con Angel Strata, noble ciudadano de Génova, se quedó viuda á la edad de veinte y cinco años con cinco hijos y embarazada de siete meses. Sintió sobremanera la muerte de su marido, y en su extremado dolor tuvo vehemente inspiracion de recurrir á la virgen María; lo cual hizo hincándose de rodillas ante su imágen y presentándole sus cinco hijos. En su vida se cuenta que la consoladora de los afligidos se le apareció entonces y le aseguró que todos sus hijos servirian al Señor en religion y que ella misma fundaria una orden dedicada particularmente á María. Esto la llenó de un gozo tan extraordinario, que no solo se enjugaron desde luego sus lágrimas, sino que además antes de levantarse hizo voto de castidad, de no gastar jamás vestidos de seda y de apartarse de las pláticas y conversaciones seculares. Se cortó su hermosa cabellera y se dió enteramente á los ejercicios de piedad; pero su princi-

pal pensamiento era siempre cómo podría fundar una orden que hiciese profesion particular de honrar á la madre de Dios. Cuanto mas procuraba adelantar, mas dificultades encontraba, y Satanás se las suscitó tan grandes, que si no hubiera sido ayudada de una gracia eficazísima, indefectiblemente habria quedado derrotada. Al fin la gracia victoriosa la hizo enseñorearse del campo de batalla, de manera que habiendo vencido todo lo demas con el auxilio de Dios y la proteccion de la Virgen que la guiaba, despues de haber entrado sus hijos en religion y muerto algunos de ellos triunfó de sí misma, y el dia 5 de agosto de 1604 tomó el hábito de manos de Horacio Spínola, entonces arzobispo de Génova y luego cardenal, con sus cuatro compañeras Vicenta Centurion, María Tachina, Clara Spinola, sobrina del arzobispo, y Cecilia Pastor. Su hábito fué una túnica blanca con escapulario y manto azul celeste. Llamáronse anunciadas, porque aunque hacian profesion de honrar á la sacratísima Virgen en todos los misterios de su vida y en cuanto hacia relacion á ella, no obstante deseaban tributar un culto mas particular al misterio de la Anunciacion, como que puso á nuestra señora en posesion del título mas excelente, que es el de madre de Dios. Paulo V aprobó esta orden y la enriqueció con muchas gracias y bendiciones apostólicas.

*Orden de la Visitacion de santa Maria.*

XXXVI. Esta orden fué instituida en la ciudad de Annecy en Saboya el dia 6 de junio del año 1610 por S. Francisco de Sales, obispo y principe de Ginebra. Desde los principios se llamó de la Visitacion de santa Maria á causa de la gran devocion que las tres primeras religiosas profesaban á este sagrado misterio, en el que se descubren de un modo muy eminente las ex-

celentes virtudes de humildad y caridad que practicó la Virgen en su visita á santa Isabel. Para honrar mejor este misterio las nuevas religiosas se emplearon desde luego animosamente en servir y consolar á los enfermos, y en especial á los mas desamparados. Esto fué causa de que habiéndose esparcido el olor de las singulares virtudes de que daban tan buenas pruebas, y particularmente de caridad, humildad y modestia, no solo por la ciudad de Annecy (donde en poco tiempo adelantaron mucho), sino tambien en diversos lugares de Francia, fueran llamadas á Leon por el cardenal de Marquemont; pero con la condicion de guardar rigurosa clausura y servir de allí adelante á Dios y á la virgen Maria bajo la regla de S. Agustin. De este modo imposibilitadas de asistir á los enfermos de fuera conservaron como una reliquia del designio primero en el recinto de sus monasterios, haciendo que esta religion fuese el refugio de las personas débiles de cuerpo y de edad avanzada, á quienes costara trabajo soportar la austeridad de las otras órdenes. A este efecto se contentan con el oficio parvo de la Virgen que ofrecen muy devotamente y hacen profesion de honrarla cantándole alabanzas y practicando diligentemente frecuentes ejercicios de humildad y caridad para imitarla. La Virgen santísima ha aceptado de tal suerte sus servicios, que en menos de veinte y dos años se han fundado mas de cincuenta monasterios en diferentes lugares.

*Orden de las Ursulinas, de nuestra señora y de la congregacion de nuestra señora.*

XXXVII. Reuno estas tres órdenes así porque fueron instituidas al mismo tiempo, es decir, el 15 de junio del año 1612, la primera en Paris, la segunda en Burdeos y la tercera en Nancy, como porque todas tienen un mismo fin y practican los mismos medios. El fin de su

instituto es educar en la virtud y la piedad á las niñas de que se encargan, y disponerlas para servir mejor á Dios en cualquier condicion á que las destine la Providencia; y como esta empresa no es menos árdua que honrosa y útil, por eso necesitando de un poderoso amparo se echaron en los brazos de la virgen Maria. Creyeron deber hacerlo así, ya porque propiamente corresponde á ella preparar dignas esposas á su amado hijo, ya porque siendo superintendente de los tesoros de este, les es imposible adelantar nada si ella no se hace propicia. Además uno de los fines que se proponen, y no el de menos importancia, es promover cuanto puedan el servicio y culto de la Virgen por medio de estas tiernas plantas. Si juzgamos que ellas por su parte le desempeñan dignamente, tambien vemos á las claras que la reina del cielo las bendice y favorece en sus designios; de manera que es difícil encontrar un lugar de la cristiandad que no desee gozar de los frutos de sus caritativos afanes (1).

*Otras diversas órdenes de religiosas.*

XXXVIII. La serie de este discurso me llevaria á la consideracion de diversas órdenes de religiosas, que con su valor vencieron la flaqueza del sexo y con su virtud se sobrepusieron á la debilidad ordinaria del mismo, si las mas de ellas no pelearan bajo las mismas banderas que los religiosos de quienes he hablado ya extensamente. De este número son las canonesas regladas de S. Agustin, las monjas de S. Benito, las de S. Bernardo, de santo Domingo, de S. Francisco de Asís, de san

(1) Véase la adición de la que va al fin del tomo en la madre María Jacoba de Blemur nota A.

Francisco de Paula, del Cármen y otras semejantes. Y es claro que habiendo sacado el espíritu de esos grandes siervos y siervas de la Virgen han heredado tambien la devocion á ella, y mucho mas cuando la consideracion de su sexo las une mas estrechamente á la que es el honor del mismo. Así concluyo con el real Profeta que es sumamente deleitable ver la reina al lado del rey su esposo, cubierta de un gran manto bordado y rodeada de muchos criados que la honran y veneran con un mismo corazón, aunque sus libreas sean diferentes. Estas son las diversas órdenes regulares, que se acogen todas bajo su proteccion y se consagran á su servicio con intento de llevar su nombre por todo el ámbito de la tierra y darla á conocer como la idea de la perfeccion de los consejos evangélicos y el modelo de toda santidad.

§. VIII.—Que ha sido reconocida y honrada de todas las maneras posibles.

I. Para no hacer interminable este discurso veo que vale mas decir de una vez que Dios, grande y admirable en todo, pero especialmente en glorificar á sus siervos y amigos, no ha escaseado ninguna industria para realzar el honor y el mérito de su madre santísima, y que por otra parte el amor de los pueblos se ha mostrado tan fiel y constante en el mismo designio, que tenemos ocasion de bendecir al que les ha inspirado ese ardiente zelo, y animarnos á honrarla á ejemplo suyo. No quiero engolfarme aqui en la consideracion de todos los medios particulares que ha sugerido Dios á su iglesia para propagar la gloria de nuestra señora, porque todo lo que pudiera decir me parece que vendrá mas á tiempo en los tratados siguientes, especialmente en el último. Por ahora bastará hacer una reseña general mientras llega la oportunidad de proponer lo restante. Tampoco intento repetir lo que ya queda dicho en este capítulo.